

UNA PASIÓN AZUL ALICANTE

Alicante... esa es la primera palabra que debe sonar en este pregón, Alicante.

Estoy aquí apoyando las manos en este palquillo y te veo. Me he pasado la vida mirándote, en silencio, hoy aquí estoy para decírtelo. Sin miedo.

Para dejarte un pregón de andar por casa, un pregón hecho ahí al lado, a escasos veinte metros. No sé lo que tú esperas hoy de mí. Yo he venido a conversar con el Dios de tus ancestros, el que va preso, sentenciado por tus calles, pordiosero a la luz encerrada de los paisajes de siempre, cargando a ratos con la cruz más cruel: la indiferencia, tímidamente descubierto, por el nervioso tembleque de la llama de los cirios nazarenos, mientras la Ciudad enamorada va deshojando turbada su margarita.

Sin su alma, ni la música, ni el perfume, ni los recoletos versos de las calles estrechas tienen sentido; son sensaciones, no sentimientos. ¡Pasión!, la vida en siete días, siete días para seguirte por las calles hasta verte resucitar.

No hay en España, en toda su Semana Santa, escenario más azul ni con más luz que Alicante para resucitar. No os extrañe que en el final de los tiempos Dios escoja esta tierra para la resurrección de los muertos.

Intento, pues, pregonar de qué color es el alma de este pueblo, a qué huele su regazo, a qué saben sus anhelos, que hay un Alicante que quiere serlo porque lo fue no hace tanto tiempo, por eso al alma cotidiana de todos los días le cuento siempre el mismo cuento y le hago que pase la mano por las arrugas del barrio, para que sienta las

piedras, las sombras, las llagas de la ciudad penitente y sus empinados versos, los rincones a los que abandonaron las caricias, una oración, descubierto un mar que es pura semana santa azul intenso, y por eso voy a asomarme al corazón de la Ciudad, al mío, y si me lo permitís... también al vuestro.

¿Que palabras debe decirnos, pues, el pregonero para despertar la conciencia con dos arañazos paralelos como hileras de penitentes?, ¿Que debe pregonar para que el llanto no brote siempre seco?.

Vuelan mis palabras en este Templo en el preciso momento en que el Cristo de la Buena Muerte, aquí mismo, ha expirado su último aliento, tras esa reja ante la que se han arrodillado tantos alicantinos, hijos, padres, madres, abuelos, a los pies de esa cruz, sembrada de cardos secos, y la Ciudad ahí presente, tal vez adormecida, tal vez aguardando su momento, como una bella durmiente que espera un beso.

Enhebro, pues, una a una las palabras para coserlas a fuego, para llevaros la Pasión que detrás de su Cruz de Guía me sale de muy dentro... ¡Llama cuando quieras Alicante, que estamos puestos!.

Son vísperas.

*Son los días previos.
La reja viste geranios
y señoritas de negro.
El rojo haciéndose flor,
clavel en los maceteros
Y en la salita las vestas
con los pliegues hechos.
Lleva así pasando años
y siempre resulta nuevo
recién lloradas las lágrimas
el mea culpa recién hecho.
Los días en que el azahar
es presagio del incienso.*

*La cruz aun es un árbol,
sin talar está el madero,
Los romanos velan armas.
El sayón sin miramientos.
Las andas, las parihuelas.
La ilusión del costalero
que no ve llegar la hora
y ser de su amor cirineo.
Las saetas son mocitas
que sueñan hacerse verso
para luego hacerse copla,
y dentro del alma, beso.*

*La cera virgen espera
dar a luz en candeleros.
Un redoble el agua guarda
como azul presentimiento.
La ciudad sabe a vísperas
a presagios nazarenos,
el mar es cincelado de plata
repujada por el viento.
Y en la bolsa los chiquillos
cuentan los caramelos.*

*Ramos de olivo y palma
ilusión, pasión y nervios.
Y la ciudad se persigna
mojando piadosa el dedo
en esa agua bendita
de la pila del puerto.*

*Así Alicante espera
entre devota y festera.
A Jesús, su Nazareno*

Ilustrísimo Sr. Alcalde, dignísimas autoridades, Ilustrísimo Deán de la Catedral de San Nicolás, Presidente de la Junta Mayor de Hermandades y Cofradías de Alicante, querido Alberto, gracias a ti y a tu Junta por la confianza y el cariño. Espero corresponderlo. Don Ramón pregonar la Semana Santa en San Nicolás el templo de

piedra que soñó Herrera como fortaleza de la energía de Dios, en San Nicolás a los pies de la Virgen del Remedio, con el Cristo de la Buena Muerte, Nuestro Padre Jesús o las Tres Cruces del Perdón presidiendo.

Cofrades alicantinos, este Pregón tratará de ser una estación de penitencia de domingo a domingo, de ramos a resurrección. Los que amamos la Semana Santa somos de todos los Cristos y de todas las Vírgenes, aunque para cada uno de nosotros, Madre sólo haya una.

A mi particular bulla alicantina María, Cuyaya, Carmen, Emilio, Juanma y Alfredo, y dos palabras para Josevi y mis costaleros: por ellos todo, con ellos todo, nada sin ellos.

Y ahora yo a mi mismo me digo: Oído!, Venga de frente!

DOMINGO DE RAMOS

Es Domingo de Ramos, la Ciudad amanece con el sol llamando a las ventanas, revolotean las palmas que en las manos de los niños terminan por ensartar al cielo. De Diputación viene una burrita, llevando en su lomo gris perla de animal joven a **Jesús Triunfante**, primer tramo de palmeras para entrar en esta Jerusalén mediterránea, abriéndose paso entre esos niños a los que todos conocemos porque hemos sido nosotros, recuerdos, viejas fotos con mis hermanas, de punta en blanco y en la mano la palma trenzada de rizos imposibles. Mi tata, Fernando hoy hay que estrenar, lo sigo haciendo, como anticipo, hoy por ejemplo, voy a estrenar sin pudor mis sentimientos.

Y allí mientras el sol es Zaqueo subido a la palmera, las capas azules de la **Oración en el Huerto** bajan por Villavieja, sensual contoneo de olivos, naranjos y como decía Don Tomás, ¡tantas flores como le quepan!. La **Samaritana**, alicantina, joven, lozana y bella, dando de beber a Jesús en un paisaje de aquellas huertas de la

Terreta, familiar aroma de aljibes y oliveras. Proposición jesuita de sencillos argumentos, plegaria en azul y blanco, del blanco blanco de la **Virgen de la Paz** y a unos cuantos metros el dolor mas cruento, ha caído **Jesús el de las Penas**, al que un sayón lleva atado al cuello con una cuerda. Cristo alicantino, en cambio miras misericordioso y bello mientras tu mano caída besa el suelo, en el mágico y previo instante a que tu faz se pinte en el lienzo. Los costaleros de las Penas andan dándole sentido y arte a ese momento. Hay toda una Semana Santa asomada a la mirada de un Cristo.

Tras él, la **Santa Mujer Verónica** llevando en sus manos la devoción más nuestra: La Santa Faz. Los alicantinos rezamos la oración que todo lo comprende y todo lo puede y sin embargo es de cuantas existen la más breve: *Faz Divina, Misericordia!* Está todo dicho. Todos los querer de este pueblo caben ahí dentro. *Faz Divina... Misericordia!*

*Verónica quizá fue el amor
quién esculpió el instante
en que Jesús vacilante
ante tus manos cayó?.*

*Verónica sí que fue el amor
quién de ahí en adelante
trajo para vivir en Alicante
a la Faz Divina del Señor.*

Cae la tarde con el eco de las palmas y las ramas de olivo en las entretelas, y antes de que el recio gallo aquí en San Nicolás cante su tercera copla de negación, la Ciudad le da todas las llaves de su alma de piedra sagrada a **San Pedro**, y al tiempo que el mediterráneo sumerge sus negaciones y zarpa pescador a echar el manto de sus redes, la playa nos devuelve los restos del naufragio en un milagro de las profundidades del agua, la cruz liberadora, **Cristo del Hallazgo**, Convento de las Agustinas, Dios recriado en Villafranqueza, esa tierra de martirio y libertad, todopoderoso tesoro de las corrientes. **Dolorosa** del cielo. Bendita oración del Palamó.

En el anochecer del domingo San Blas nos trae a su **Dios atado a una columna** ¡como duelen los caminos de la sangre en su espalda!, los torcidos renglones que ha escrito el látigo en el mayor poema de amor de todos los tiempos, el de Jesús por nosotros. Tu escorzo cimbreante es conmovedora plegaria de las trabajaderas, mientras tu Madre en el encuentro de todos los caminos, lleva en sus manos la corona que, en su frente, ha pintado a sangre las heridas.

Trás del hijo a la columna atado,
va una madre samblasina,
a su encuentro ella camina,
él de zarzas coronado,
cuanto amor por amor dado,
son tus manos golondrinas,
quitándole las espinas,
a ese hijo flagelado.

DEL LUNES SANTO

Lunes anochecido, serena espera. En Nuestra Señora de Gracia, se han detenido las manecillas del reloj, el morado de los lirios, la cera en las velas detenida. Jesús de la Humildad y la Paciencia, con paso largo costalero llevas versos de sangre que escribió tu pueblo. No eres frágil, tampoco fuerte, no estás enojado ni doliente, pareces tranquilo, tu paz te hace eterno. Madre de las Lágrimas andando por derecho tras esa espalda cosida de olvidos, de hombre macilento y doblado. Desde el palio le lloras y El no quiere ser tu duelo. Lágrimas de una pasión según Alicante.

Y al tiempo en la antesala de todas las esperas cuando el envés de las hojas de los olivos parecen hilos de plata a la luz de la luna, y las ramas agitando los brazos claman al cielo. Jesús le pide no morir a su padre: Aparta de mi este Cáliz!. La luna dormía ajena a la agonía, debió ser una noche fresquita, con esa frescoreta alicantina que hace que los apóstoles de Castillo Lastrucci se arrebujen junto a las piedras y se echen vencidos por el sueño. Los ojos de Jesús en el velo negro de la noche, mientras en el Plá, desde la Plaza del Hospital

Viejo, Judas le trae un beso, un beso helado como la muerte, un beso triste, breve, suelto, tu le ofreciste la cara y el posó sus labios que aún olían al licor recién bebido junto a ti en la última cena. Este es!, sí soy yo. Solo tu orabas los demás dormíamos. Jesús a partir de ese momento sólo tiene la ternura de su Madre del Consuelo. Desde el Plá prendido nos llega un beso.

Y cuando la tarde está por acabarse con el levante venteando a la puerta de las casas, en la ermita de San Roque, un buen hombre está siendo privado de sus vestiduras, vericuetos del alma antigua de la ciudad fervorosa, agustino esfuerzo de las bajadas, hombros y clarines llevándote en volandas entre fachadas de las moradas de aquí de siempre, descendiendo por los atajos de nuestro origen, con el mar al final de los caminos mientras tu madre te espera en las Monjitas, la Madre que no te puede fallar si lleva por nombre del Amor y del Buen Consejo, donde la historia se da cita. Jesús harapiento, como tantos hombres y mujeres desposeídos hoy de lo mínimo, que se miran en ese Dios humillado que pasó por lo que ellos ahora pasan, que les anuncia la luz de un tiempo mejor y que les muestra el camino a las alturas, cuando desheredado, de tus pobres vestiduras, fuiste Señor despojado.

Ya es muy de noche. Por la playa del Postiguat, oyéndose la letanía de las olas, va un cortejo, llevan a un crucificado moreno que a hombros sube, aunque más que en procesión semeja andar por una nube. Más que coronar el final de su trayecto, la parihuela parece un velero que ha puesto rumbo al firmamento. Llevan los hijos a duras penas las andas de ese Cristo, que abarca con la cruz el barrio entero. La estación de penitencia pasa como por ensueño, de la arena que le tienden, a lo más alto del cielo. El incienso tiene ahora un punto de salitre, de salazón, de bonito seco, de espumas marinas, de carta de los vientos. Señor tu que anduviste sobre las aguas, llegas a tu Ermita sobre estrellas y luceros. Morenet, socorro de los hombres del mar. Reza el Raval Roig penitente, cada lunes santo, su padrenuestro marinerero.

POR FIN ES MARTES SANTO

Ya es martes y al caer la tarde poniéndose pudorosa un velo de plata, Pilato con la toga praetexta ribeteada en púrpura, convoca en la Plaça de Les Oliveretes al gentío y nos enseña señalando con ambas manos a un hombre justo y bueno. Y mientras debajo pican con el izquierdo, nos pregunta ¿Él o Barrabás?. En la encrucijada está su Madre, que nada presagiaba, desde entonces la llaman Amargura cuando escuchó: Crucifícalo. Bello dolor bajo palio, Oración Franciscana a su Cristo de la Canyeta, los alicantinos te hubiéramos elegido a Ti, y de costero a costero, va presentado Pilato a Jesús al pueblo, mientras lo ata un sayón sin miramientos y un romano de macareno plumero vigila que no se pierda ni un ápice de ese bendito espíritu de lo que es, ha sido y será, eternamente lo nuestro.

Es entonces cuando en la Montañeta, bajo la Cruz, está la Madre Dolorosa en un retrato que pinta de realismo sus emociones. Meditación sobre los sentimientos de una mujer normal y corriente que ve a su hijo crucificado. Bajo el travesaño del que pende aquel hijo, sólo le queda esperar compasiva a que se muera. Cristo mira a su Madre y ella a su hijo los dos con San Juan los brazos bien abiertos para que todos quepamos en los varales, en esa oración marista de colores mediterráneos, sincera, en ese poema de versos en movimiento. Tres de las siete palabras detienen el pulso del universo. Tengo sed, todo está cumplido, en tus manos encomiendo mi espíritu. Estamos, absortos, ante la escena apasionada del último momento.

El pálpito de las entrañas te ha dicho que es la media tarde del martes santo, abres los ojos y descubres que la luz lo sabe, el corazón lo sabe, la piel lo sabe, la respiración lo sabe, la pasión lo sabe. La garganta seca. Sólo el dulce presentimiento que se adueña de un corazón enamorado. Y así has dejado a la mañana que consuma su sorbo de nervios, que precipite su latido, que pronostique lágrimas, que sienta la brisa como una caricia azul y blanca. Eres feliz. La emoción brota sin darte cuenta, y la espera en el pecho es un volteo de campanas, sientes el corazón con corazón de los abrazos, el tiritar de las palabras, la siembra de besos en todas las mejillas posibles. Es ese día en el que nada te pertenece, del que nunca tuviste que salir y

al que ahora por fin has vuelto. Es el día de las intenciones, de las miradas, de las sonrisas y de las palabras buenas. Es martes santo. Si preguntas a tu corazón ese día, María Santísima te responderá: Sí hoy, por fin, es martes santo.

En la Basílica de Santa María se descerraja una jaculatoria monovera de tambores que mueven las entrañas del pueblo que allí se ha congregado, el Cristo del Mar sale imponiendo su grandiosa imagen expirante recortado por el Benacantil, en una cruz a la que el mar ha colgado las redes. Te llevan tus hombres sobre el hombro, aunque en realidad lo hacen en sus corazones desde que Manuel José te recogía en el embarcadero. Sentido abrazo de las dársenas del puerto, es tu cruz la línea del horizonte donde se juntan el mar y el cielo. Cristo del Mar cuantas veces te he llevado por la Ciudad en los varales traseros. Viéndote pasar te digo que vas caminando como lo haría el mismo dios verdadero.

Aún retumban las esencias de la inmensidad cuando la puerta de Santa María se prepara para dar un beso... un beso de luz y de flores, un beso que es la Señora con San Juan de la Palma bajo el dintel de la salida del templo. Que voy a decir yo de mi Virgen de los Dolores que no le haya dicho a solas. Es ese amor que no tiene remedio. Un te necesito, un te ofrezco, un te pido, un te espero, un amarte sin medida que sólo tu y yo sabemos. Eres un "te quiero" bajo palio. ¡Palabra de amor de tus costaleros!. Y así sales a las calles de Alicante sobre corazones y sueños. Fernando ¡Vámonos con ella al cielo!. Arte, emoción en movimiento. Una oración rezada sobre los pies poquito a poco. Con los ojos velados veo a hombres hechos y derechos. Pasión, cariño, emoción y arte, ni más... ni menos. Por eso al subir por Villavieja, cuando se pone la tarde, yo no voy a sacar a una Virgen, yo voy a estar con mi Madre.

Entonces en la Plaza del Abad Penalva dice la voz popular: quién me presta una escalera para subir al madero para quitarle los clavos a Jesús el Nazareno. Fui del Abuelo en Jaén y ahora soy vecino suyo. Por eso como se dice en el sur: Yo soy mucho de esta cofradía de Nuestro Padre Jesús y de la Virgen de las Penas, a los que por

desgracia el martes santo nunca veo porque los llevo pisándonos los talones, con ese pedazo de banda que abre su cortejo y que si siguen con esos pulmones conseguirán que nos ahorremos la nuestra. Por devoción le he compuesto estos versos al Nazareno.

*Te veo pasar en la encrucijada
Vas sin cirineo en tu condena
En cambio hay paz en tu mirada
Ajena al reproche de la pena*

*Así fuiste esculpido en esa escena
De un dios penitente y caminante
Que lleva su cruz por causa ajena
con el amor ileso en su semblante*

*Y en aquel mágico destello de tu luz
la gubia plasmó fiel el eterno instante
en que ya por siempre serás.. Jesús
Nuestro Padre Jesús de Alicante.*

TODO UN MIERCOLES SANTO

En lo alto del barrio al latido del miércoles santo no le cabe más gente. Es abril primerizo cuando el Cristo de la Fe, el Gitano, lleva hasta los labios de los balcones, la madera de una cruz que se reinventa. En el lado humano de las murallas, la Santa Cruz le pone su nombre a la escena, nombre a los vivos y nombre a los muertos. Somos de Santa Cruz. Saeta empinada de calles imposibles con su Dios, ese su Dios a costas. La salvación está en tu manos desclavadas. Descendimiento. Señor tanto y tanto te descenden que te haces uno de ellos. Debajo de la piel de las pendientes está el espíritu de un pueblo. Nadie ama de la misma manera. Santa Cruz quiere, como quiere Santa Cruz. Es su amor y es tan de veras como el penar sobrehumano de sus hombres y mujeres por bajarnos un sentimiento. Sentir inconfundible que allá en el cielo mueve las alas de los ángeles en el capote de un torero. Dolorosa, Cautivo, Gitano, Descendimiento, amor del suyo, arte en la gloria, amor del bueno. Dijo aquel:

*El que quiera aquí saber
Que tome nota al momento
De Santa Cruz hay que tener
Partida de nacimiento.*

Las Monjitas de la Sangre celan un divino amor y se lo dejan a las calles cada miércoles santo. Plegaria popular cuando es la tuna la que pasa llevando muy quedo romances de amor. Y allá en el templo una Virgen de raíces tan hondas como los abismos del agua, Soledad Marinera, milagro repetido por los tiempos de los tiempos, salvación de los condenados, madre de los confines azules de este pueblo. Y en ese vergel de las luces de tu paso, en las venas del callejón estrecho, pasas derramando tu belleza. Zarpa en nuestra búsqueda, echa tus redes y pesca dentro. Madre entre las Madres la primera, los siglos te pusieron para rezarte Marinera, ningún nombre más bonito para una Virgen de esta tierra.

Y a las nueve el lírico poema del silencio abre las puertas de la Misericordia sólo roto por el musitado siseo de la oración que los pies recitan sobre el suelo, pies de albero, y el Gran Poder no es que pase, es que entra y se clava en el pecho como un dardo certero, que siempre andando de frente viene como si fuera un hombre que Dios se ha hecho. Y la saya, de morado y oro, al rachear de sus costaleros vuela con la cadencia del real padecer del Nazareno.

Y al compás la Virgen va saliendo, poco a poco va asomándose ese palio hecho sentimiento, como un altar cimbreante, en el que todo es gracia, está todo en movimiento, meciéndose las bambalinas y los varaes a su tiempo. Todo es perfume en el alma de las flores. Y la cara de la Madre primor a los cuatro vientos.

Reina de San Antón, candor de rosa,
del verde florecer abres la espera ,
en la mirada llevas dolorosa,
la pena que te trae la primavera.

Cuando en el fiel de la balanza,

echada esté ya su suerte,
son tus lágrimas Esperanza,
camino para quererte.

JUEVES SANTO

Jueves a Viernes el ronco sonido del tambor estremece la sólida osamenta de la Concatedral, un toque tres veces repetido y un redoble cruzado, seco quizá roto, tanto que se destempla en la conciencia, la noche no conoce luz alguna, un ladrón malo y el otro que le mira con arrepentimiento. Están clavadas tres cruces y Jesús en la de en medio, las alas parecen cortadas en la guadaña del viento, es la música reseca del último instante, afiladas están ya las aristas del firmamento. La procesión de los sacos. El Perdón. La pasión cruda, la verdad y su duelo. Vuelve a sonar el redoble. Carga con tu pena y sígueme. Y Alicante reza encadenado un padrenuestro. Mediadora intercede por mí, que en mi última cruz, quiero ser el ladrón bueno.

Mis recuerdos caminan tras el Cristo de la Buena Muerte, cuando los timbaleros a caballo lo anuncian y el Señor de Alicante, aprieta el paso. La cruz se nos viene encima al compás de las horquillas, y los hachones escupen la cera que sacuden las mecidas. Cristo ha expirado, la barbilla lleva dulcemente caída sobre el hombro, en una especie de sí eterno y detrás de El su pueblo, tumulto de promesas, tumulto de agradecimientos, hijos con madres, madres con hijos, padres y abuelos. Va un niño abrigado, tiene carita de enfermo, la mano le da a su madre, a ella se le ve pidiendo, va con su vela en la mano, alza a Jesús su ruego, a su lado camina un hombre que años atrás fue niño enfermo. Así será en esta tierra por los tiempos de los tiempos. Y mientras el rezo apresura el paso detrás del madero, sin contemplaciones la cruz se ciñe al barrio viejo, con la Virgen de la Peña a duras penas siguiéndolo. Y en ese caminar acompasado de golpes secos de las horquillas en el suelo, camina un pedazo del alma que aún nos queda del Alicante, hermoso, entrañable y verdadero.

Por San Juan Bosco van sentados los doce con Jesús en una cena de amigos. Todos cuentan anécdotas y ríen, la mesa colmada. Jesús después de partir el pan y consagrar el vino avisa que uno le traicionará. En ese momento a los trece se les cierra el estómago y se les van las ganas de comer. Entonces el corazón de uno de ellos palpita veloz hacia el abismo mientras sostiene la bolsa con el precio. Por Quintana ya nadie bebe el vino de la Condomina. Todo está escrito. Alicante pierde el hambre pero no la pasión por ese hombre de ojos azules que bendice el pan. Detrás bajo palio María Auxiliadora. No hay alicantino que no la tenga por madre. Asomada en su versión gloriosa a esa esquina de los Salesianos en la calle Tucumán. Tuve muchos años la ventana de mi despacho frente a su imagen y muchas de las buenas cosas que me pasaron a mi o a mis clientes se las debo a ella.

Tarde de Jueves Santo el venerado Mayor Dolor tras de su cruz redentora, que este año primeriza concita la devoción cofradiera, falta del divino poema el renglón definitivo. La Cruz desnuda al final de todos los caminos, la vida en ausencia de la vida, el adiós no por cruento deja de ser necesario. Para resucitar se ha de morir primero. La cruz vacía es precisamente el verdadero misterio.

Y allá, en el más largo de nuestros caminos, una pasión ve la calle en Foglietti, la calle donde ese benaluense que fue Gabriel Miró supo escribir como se quedaba la luna sola en la calle abriéndose cauces quemados de velas y ondulados de silencio. La Piedad de Benalua con su hijo muerto materialmente derramado en su regazo. Tu lo sostienes apenas con una caricia leve de tus frágiles dedos en su hombro. El corazón atravesado de dolor y tus ojos pidiéndole explicaciones al cielo. Piedad alicantina dejas clavada tu mirada en lo alto con un interrogante de madre quebrantada. Caridad como te duele ese hijo en tus rodillas muerto, ese hijo que fue Cristo de la Paz cuando estaba en el madero.

LLEGÓ EL VIERNES SANTO

El viernes dicta sentencia que le es leída a Jesús por esas calles en las que Alicante se hace poco a poco El Plá. Desde el Museo hasta el Ayuntamiento se le va sentenciado a muerte.

Y en la tarde, con el pa torrat aún entre los vivos, nos llega la quintaesencia de Carolinas, ráfaga de un Dios ausente, que no es muerte sino luz. La vida habita en el sentimiento y en el recuerdo. Mater Desolata, desolación de la madre delante de la cruz, ningún presentimiento de luz en el negro cielo se abre. Desnuda está la cruz abatida y tu de rodillas ante el último lamento. Y en el filo de la despedida, se escucha la postrer canción del amor cruento, Allí estás, desconsolada, sola y en tu tormento, y mientras al blanco sudario lo mueve el viento, tu me mueves a la vida. Madre de manos tendidas buscando un por qué que no te es dado. Celestial tesoro de San José.

Pasa un dios yacente recostado en la fría losa del sepulcro con un sudario esculpido de tela blanca que su cuerpo en la piedra ha arrugado, te llevan con las señales del martirio aún recientes. La carne pálida le da patetismo a la escena, el pelo sobre la almohada serenamente vertido. Eres un hombre muerto. Serenidad de una muerte aceptada y consentida. Serenidad de saber que tu muerte era necesaria.

*No te quedes en el blanco
de los claveles y del incienso
ni en el perfume tenue
de la cera y de los versos
No ves que Jesús se nos muere*

*No te quedes en el blanco
Del azahar de las jarras
De la música o del silencio
De los arabescos de la plata
No ves que Jesús se nos muere*

*No te quedes en el blanco
De las campanas al vuelo*

*del clavel y de las rosas.
No te quedes en el blanco
Que Jesús se nos ha muerto.*

La Soledad cierra el duelo de la Ciudad en la procesión del Santo Entierro, y ese luto que penitente recorre las calles mientras su alma va dándole el pésame . Te acompaño Madre en el sentimiento. Pena infinita. Victoria tras la cruz. Tres solitarios días. Siete puñales atraviesan tu hermosura. Poesía del desconsuelo. Flor de las negruras. Oscuridad a punto de hacerse luz. Las manos juntas en un gesto maternal de desamparo. Rosa de Jericó abierta con el rocío de las sombras. Estremecida flor. Alicantino broche de la Semana de Pasión.

RESURRECCIÓN

Y en la duermevela, amanece el Domingo con un sol de los nuestros, y en ese poema de albor intenso resucita Jesús. Ya todo tiene sentido la luz, los colores del Mediterráneo, el azul del cielo, la arena comiéndose la mona esperando la sonrisa de las olas, el aleluya que vuela al firmamento, la alegría de la Madre, los claveles que le han puesto, la alegría en todos los corazones, que sólo espera, revivir las emociones, de mi Alicante en primavera. Jesús ha resucitado. Fin y principio de la escena.

ULTIMA CHICOTÁ

Así y ahora, poco a poco, la procesión de mis palabras va rematando su trayecto. En el dintel de la noche, la trasera ya está dentro. La cofradía por mis venas se va recogiendo, y miramos el portón que se cierra, intactas las ganas de abrirlo de nuevo, para sacar otra vez la cruz de guía de todos los sentimientos. Quién te lleva Dolorosa por los recodos de siempre. **Omnipresente el mar**, regusto a brea o es quizá todavía incienso, querido paisaje de recuerdos encadenados a las calles de toda una vida, Quintana, Pozo, Villavieja, Labradores, Mayor, Santos Médicos, cliché detenido en la retina del tiempo, en la

memoria del asfalto, de los recovecos en los que la oración tiene el color de la flor del almendro. Llevas en las jarras de los pasos ramos y ramos de almas. Madre sabes que en Alicante tu dolor es menos, que la resurrección de tu hijo se presiente en ese sol que estalla cada mañana. La Ciudad con su manto bordado con los hilos de dentro, cosido con respuntes sempiternos.

Se abanicen las palmeras mientras la Verónica en la Explanada se retrata de cuerpo entero. Flores del paisaje de la alegría. Alicante sabe que Jesús resucitará y por ello la pena es menos, pero el amor es tanto o más, la identidad en siete días, la vida en siete días, la historia de la historia que es nuestra historia y es eso nuestra. Cuando a María se le canta una habanera por Villavieja está haciendo historia, cuando sube la cuesta de la calle Pozo, dobla por Quintana o en Constitución arría su canasto hace historia, escrita bajo la epidermis de las calles en las que late el corazón de una niña perdida. Vivamos sin resignarnos al canto de los agoreros, vivamos recuerdo a recuerdo, vivamos lo ya vivido, una y otra vez vivamos, en fin vivamos lo que es nuestro, lo que fue el pan, la sal y el alma de nuestros abuelos. Salgamos a la calle. Son los días del gozo, y el corazón latirá al compás de María Santísima en el amor de la Ciudad frente a su renacido espejo.

Vivamos la pasión en mayúsculas. Con su Tomas Valcárcel, con su Pepe Espadero, con sus Viscontis en todas las esquinas, con su Canito disparando miles de fotos delante del respiradero, enredándonos a todos y además exigiendo, con esa pequeña cámara de carrete cacaguero, con su Titín con el botijo al que la Virgen, ¡Gracias Señora!, ha puesto bueno, con su Manolo Ricarte sonriendo allá en la Gloria y dándole la matraca a San Pedro, con su Gran Poder, con su Buena Muerte, con su Cristo del Mar y sus Cristos marineros, con el latido del clavel rojo en los torcidos renglones de un flagelo, cuando el Benacantil abandona las redes recién sacadas y el levante ha convertido el Calvario en las alturas del Barrio Viejo, con la luna coronando la escena de María Santísima en su duelo. Dolorosas de Alicante, alicantinas de alma y cuerpo, y la fina arena de la playa a los pies del Nazareno. Si no se te abren las carnes.....es ... que estás muerto.

La Ciudad huele a brea, a salitre, a algas, a riguroso negro, y a la vez a barquillo y a blanco intenso, a pasión, oración, devoción y recogimiento y también, a azahar, a fresia, a clavel y por qué no a torrija, a pestiño, a puñado de caramelos.

Salgamos todos a la ciudad resucitada, ¡Quién dijo miedo; Miedo a querer lo que es nuestro?. Tenemos tanto para darnos que no nos quieran hacer de menos. Mi Ciudad y su Pasión, acuarela de todos los colores de la paleta del firmamento, aroma perfumado del más puro sentimiento que parece asomarse a esa tira de blonda que son la cresta de las olas, para coserlo después en la saya de una Dolorosa, en el encaje de su pañuelo. Esta tierra sí que tiene un color especial, el color de su mar, de su luz y de su cielo que no es más que ese manto azul alicante que Tomás Varcancel sigue en la gloria tejiendo.

¡Que mejor sitio, Señor, que Alicante para salir a tu encuentro!.

.....

Terminado el pregón pueden pasar por aquí y les haré entrega de estos sentimientos; Si quieren se los envuelvo, pero a mi me gustaría que se los llevaran puestos.

He dicho
Muchas Gracias

Ahí quedó!

Fernando Candela Martínez.